

Cohen, G.A. *History, Labor and Freedom*. Themes from Marx. Clarendon Press. Oxford (1988), 317 pp.

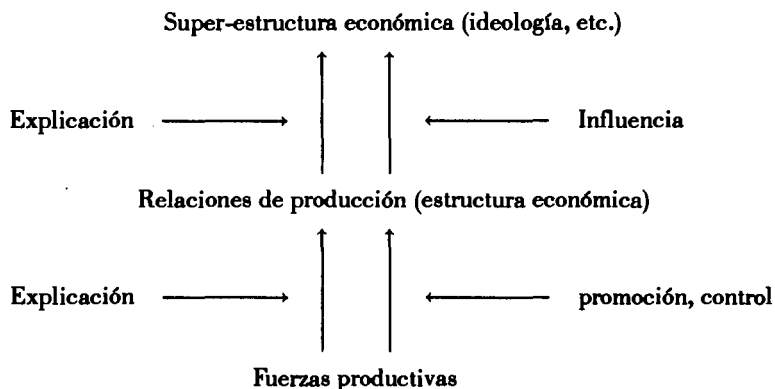
El libro de G.A. Cohen, cuya reseña ahora ofrezco, es un libro que tiene una virtud fundamental: se esté de acuerdo o no con el autor, se trata de un libro que obliga al lector a pensar. Probablemente esto se deba en parte al carácter polémico de la obra pero, a no dudarlo, también se puede atribuir al carácter novedoso de las tesis que en él se defienden. No está implicado, evidentemente, que todo lo que Cohen afirma resulte automáticamente convincente, pero sí que, ya sea para aceptarlo o para rechazarlo, es imprescindible meditar seriamente sobre lo que sostiene. Ésta parece ser otra virtud del libro de Cohen: ni la aceptación de sus tesis ni su rechazo son algo fácil de efectuar. Trataré, en lo que sigue, de hacer ver que lo que digo es cierto.

La prueba de que el libro que reseño es básicamente de naturaleza polémica es que el material que se nos ofrece es una colección de ensayos los cuales, las más de las veces, incorporan reformulaciones y nuevos planteamientos de artículos ya publicados. Lo que esto quiere decir es simplemente que el autor siguió pensando sobre los mismos temas y se encontró, en no pocas ocasiones, con que tenía que re-estructurar su pensamiento. Más aún: el libro pretende ser una prolongación mejorada de otro importante libro del autor (*viz.*, *Karl Marx Theory of History*). Sería, obviamente, muy interesante efectuar una labor de exégesis y comparación de los dos textos pero, dado que deseo concentrarme en lo que el autor defiende en *este* libro, no es ésta la tarea que encomendé a mí mismo para los efectos de esta reseña.) El tono de este nuevo libro es, pues, el de la discusión permanente, el de la controversia tanto con otros expositores, estudiosos y críticos del marxismo como consigo mismo. El libro contiene tanto discusiones de tesis generales atribuidas a Marx (basadas en reconstrucciones minuciosas de sus obras) como argumentaciones detalladas, en ocasiones inclusive difíciles de seguir, por no decir un tanto tediosas (doy ejemplos de esto más abajo). El libro consta de 14 artículos, los cuales están divididos en tres grupos. En el primero y el segundo el autor se ocupa del materialismo histórico y son, respectivamente, una Exposición y defensa (cap. 1) y una Crítica y revisión (cap. 2). El tercer capítulo se intitula "Capitalism, Labour and Freedom". La primera parte y la tercera se componen de cinco

artículos, en tanto que la segunda sólo de cuatro. Una vez hecha la presentación formal del libro, podemos pasar al examen de su contenido.

En vista de que las características del libro impiden una revisión detallada y completa de su contenido (cada capítulo-artículo se ocupa de un tema diferente), me parece que lo más conveniente para los propósitos de una reseña será presentar y analizar un capítulo de cada una de las partes. Para esto me concentraré en los siguientes: “Forces and Relations of Production” (cap. 1), “Fettering” (cap. 2) y “Freedom, Justice and Capitalism” (cap. 3), los cuales me parecen de lo más representativo del libro, considerado como una unidad.

El primer capítulo del libro es importante porque contiene una presentación sumaria de lo que podríamos ver como las principales tesis (las más generales) del materialismo histórico. Se introducen, con suficiente precisión, los conceptos clave, a saber, los de fuerzas productivas, relaciones de producción, super-estructura económica y clase social. El modo como Cohen organiza el todo es el siguiente:



Según Cohen, lo que el materialismo histórico afirma es, fundamentalmente, lo siguiente: las fuerzas productivas tienden a desarrollarse a lo largo de la historia (Tesis del desarrollo). Las relaciones de producción *corresponden* al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, que no son otra cosa que la totalidad de las “*relations of economic power, of the economic power people enjoy or lack over la-*

*bour power and means of production*" (p. 5). A su vez, las fuerzas productivas son el *fundamento* de las relaciones de producción, esto es, de la estructura económica. Naturalmente, lo que de inmediato se desea preguntar es: ¿cómo se mide el desarrollo de las fuerzas productivas? La respuesta de Cohen es, creo, ambigua. En la página 5 da lo que de hecho son dos respuestas, íntimamente relacionadas, desde luego, pero diferentes de todos modos. Por una parte, nos dice que "*the right standard for measuring that growth in power is how much (or rather, how little) labour must be spent with given forces to produce what is required to satisfy the inescapable physical needs of the immediate producers*". Nótese que aquí la respuesta viene dada en términos de *trabajo* invertido. No obstante, unas cuantas líneas más abajo, él sostiene que "*in so far as quantity of productive power is what matters, the key quantity is how much time it takes to (re)produce the producers, that is to say, to produce what they must consume to be able to continue working*". Aquí la respuesta viene formulada en términos de *tiempo*. Es obvio que hay un vínculo conceptual esencial, en el marco del materialismo histórico, entre trabajo y tiempo (como lo pone de manifiesto la teoría del valor, otro de los temas ampliamente discutidos a lo largo del libro), pero es claro que no son identificables y mientras el modo como se conectan no haya quedado establecido de modo claro, Cohen no puede dar por sentado que ya nos explicó cómo, en su versión del materialismo histórico, se mide el crecimiento de las fuerzas productivas.

La tesis más importante del capítulo es que lo que el materialismo histórico ofrece como explicaciones son explicaciones funcionales. "*I hold that the central explanations of historical materialism are functional explanations, and I defend functional explanations as an explanatory device, but I do not defend the sloppy functional explanatory theorizing in which so many Marxists engage*" (p. 13). Ésta es la única manera, según Cohen, de hacer coherente al materialismo histórico, cuyo problema central es tal vez el de conciliar las diversas clases de influencias que ejercen entre sí fuerzas productivas, relaciones de producción y super-estructura. "*Marx never denied, and he sometimes asserted, and it is, moreover, manifestly true, that superstructures hold foundations together, and that relations of production control the development of the productive forces. Yet Marx also held that the character of the superstructure is explained by the nature of the base, and that the latter is explained by the nature of the productive forces. If the intended explanations are functional ones, we have*

*consistency between the effect of A on B and the explanation of A by B, and I do not know any other way of rendering historical materialism consistent*" (p. 8). La aportación teórica de Cohen, por consiguiente, giraría en torno a la pregunta: ¿qué es una explicación funcional? Su respuesta no es, como intentaré hacer ver, particularmente sólida.

Quizá haya que empezar por decir que Cohen no ofrece ninguna definición de 'explicación funcional', sino que prefiere introducir la noción a base de ejemplos. Su caracterización más general es que, en cada caso de explicación funcional, "*something [...] is explained by the fact that it has that effect*" (p. 8). Así como está, esto da más bien la impresión de ser una descripción de lo que son las explicaciones teleológicas que, obviamente, no es lo que el marxismo ofrece. Dejando de lado esto, Cohen ejemplifica su noción de explicación funcional como sigue: "*if production relations of kind k obtain, then that is because k-type relations are suitable to the development of the forces, in virtue of their existing level of development*" (p. 10). Pero cabe preguntar: ¿qué clase de explicación es ésta? Es claro que Cohen no quiere verse comprometido aquí con explicaciones de orden meramente causal, por lo que tiene que apelar a otra clase de explicaciones, a las que él llama "funcionales" pero, por lo menos tal como él las ilustra, esas explicaciones no pasan de ser meras constataciones de coincidencias de hechos o de convergencias de situaciones. No se nos aclara nada si se nos dice que las relaciones de producción existentes en México son las que convienen al desarrollo de las fuerzas productivas en México ahora. Lo mismo puede decirse de cualquier situación dada. El problema, empero, no está con el materialismo histórico, sino con el modo como Cohen lo entiende. Una concepción del materialismo histórico alternativa a la de Cohen es la siguiente: el materialismo histórico no es una explicación, sino un modelo de explicación. Marx, por ejemplo, recurre al materialismo histórico para explicar el desarrollo de la sociedad capitalista, pero su explicación es inmensamente compleja, como lo revela una lectura superficial de *El capital*. Su explicación del *modus operandi* de la sociedad capitalista realmente aparece sólo cuando el esquema teórico y formal (tal vez podría decirse 'a priori') se llena con datos y se pueden entonces establecer conexiones concretas entre fenómenos ubicables en los diversos niveles del modelo de explicación. Por eso esta clase de investigaciones son empíricas. Pero si esto es así, entonces puede verse por qué el planteamiento de Cohen es, en el mejor de los casos, incompleto: hay una incompreensión

básica de lo que son las explicaciones que se pueden generar en las ciencias sociales (en particular en historia) y de su relación con las explicaciones causales más usuales. A Cohen parece confundirle la palabra 'porque', que parece indicar la presencia de algún tipo de explicación. Según él, se dan las relaciones de producción que se dan *porque* son precisamente las que propician el desarrollo de las fuerzas productivas en el nivel de desarrollo en el que están. Asimismo, las relaciones de producción son lo que son en parte por lo menos *porque* la super-estructura es la que es. Pero lo que hay que entender es que los 'porques' son diferentes en cada caso y nos remiten a clases de explicaciones diferentes. Cohen sostiene que una explicación funcional no tiene por qué involucrar el conocimiento de los mecanismos causales que supuestamente subyacen a los fenómenos. "*Now to say that A explains B is not necessarily to indicate how A explains B*" (p. 11). La objeción que creo que puede hacerse a esto es que decir *cómo* A explica B es, precisamente, *explicar* B. Lo otro es enunciar una mera correlación de descripciones (pasa A y pasa B, de modo concomitante), no una explicación, llámesele como se le llame. Cohen no parece comprender que el materialismo histórico es, en el sentido del *Tractatus*, una red, cuyo objeto es permitir la configuración de un mosaico de hechos de modo que, al ser acomodados en ella, éstos adquieran *sentido*. Lo que él trata de hacer, en cambio, es reemplazar el modelo tradicional de explicación causal, que obviamente no funciona en historia, por una concepción no analizada o aclarada de "explicación funcional". Este defecto básico "explica" otros de la versión marxista de Cohen.

Cohen discute en el capítulo muchas otras cosas, como por ejemplo la relación entre el concepto teórico *lucha de clases* y la Tesis del desarrollo. Él los hace independientes (lo cual es, en opinión del reseñista, un grave error) y ello crea tensiones en su pensamiento. Por ejemplo, Cohen pretende, por una parte, desligar la teoría de las clases del materialismo histórico, pero, por la otra, se aboca a rebatir el punto de vista de Elster de acuerdo con el cual la teoría de juegos es un reemplazo aceptable del materialismo histórico. Ahora bien, separar la teoría de las clases de la Tesis del desarrollo es hacer al marxismo políticamente neutro y, por lo tanto, desfigurarlo. Se supone que Cohen trata de evitar esto, puesto que él mismo confiesa que "*I do not want to deny that all history is the history of class struggle*" (p. 14). Pero también sostiene que "*In the Marxism I defend, class struggle has primarily political significance, but the political*

*dimension is not itself primary. The Marxist theory of history loses its coherence when it ceases to assign primacy to the development of productive forces*" (p. 17). Pero si eliminamos la dimensión política en la explicación del curso de la historia, como ahora propone, entonces efectivamente la teoría de juegos podría ser en principio un instrumento perfectamente adecuado para explicárnosla. Las matemáticas deberían bastar para la comprensión de la historia. Hay, pues, aquí un problema no resuelto. Quizá la dificultad se origine en un inadecuado manejo de la noción de lucha de clases. Para Cohen, por ejemplo, sólo los cambios importantes son expresión de la lucha de clases y la vida cotidiana se explica de otro modo. Esto me parece ser profundamente pre o anti-marxista, además de que no ayuda a aclarar la posición de Cohen, puesto que éste no nos dice *cuándo* nos las habemos con un acontecimiento importante y *cuándo* no, y *cómo* se le reconoce.

Cohen discute otros temas, igualmente interesantes, a lo largo del capítulo, como por ejemplo la cuestión de la razón que subyace al desarrollo de las fuerzas productivas y el carácter de la Tesis del desarrollo. Aunque no es fácil estar de acuerdo con todo lo que Cohen afirma, habría que reconocer que ofrece argumentos interesantes para justificar lo que es una visión muy revisada del marxismo.

El capítulo "Fettering" es simplemente espléndido. La temática procede del célebre *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Allí Marx explica cómo las fuerzas productivas pueden entrar en conflicto con las relaciones de producción, que entonces detienen su desarrollo. Es esta relación de detener lo que es problemático. El texto de Marx parece imponer lo que Cohen llama la 'restricción de la predictibilidad' y la 'restricción de la revolución'. La primera dice que, tarde o temprano, las relaciones de producción entrarán en conflicto con las fuerzas productivas; la segunda afirma que, cuando eso sucede, se pueden alterar las relaciones de producción, es decir, la revolución es posible (e ineludible). Cohen distingue dos interpretaciones de estas relaciones turbulentas que pueden gestarse entre las relaciones sociales y las fuerzas productivas y a las que llama, respectivamente, la concepción de la *estagnación absoluta* y la concepción de la *inferioridad relativa*. La primera afirmaría tajantemente que las relaciones sociales son un impedimento para *todo* desarrollo ulterior, una vez que el conflicto ya se generó. La segunda concepción sostendría más bien que las relaciones retrasan el desarrollo de las fuerzas productivas durante un período

largo. La posición de Cohen es que “*neither seems able to meet the predictability and the revolution constraints*” (p. 110). Él infiere que “*the notion that revolution follows on fettering of the development of the productive forces cannot be saved*” (p. 112). Su tesis es que “*the fettering which provokes revolution is of the use, rather than of the development, of the productive forces*” (p. 112). La tesis es atractiva, pero representa un cambio mucho menos radical o drástico de lo que el autor parece pensar. Su aplicación al capitalismo, en todo caso, es particularmente pertinente (“*I would claim that capitalism relations of production impede optimal use of the high technology those relations are so good at creating*”, (p. 113). A su teoría, (es decir, a su interpretación de la teoría de Marx) acerca de las trabas que surgen entre relaciones sociales y fuerzas productivas la llama del ‘Uso relativo’, la cual sí satisfaría las restricciones de Marx mencionadas más arriba. El capítulo contiene algunos comentarios importantes acerca de la superioridad del socialismo sobre el capitalismo, a pesar de que podría reconocerse que el capitalismo desarrolla mejor las fuerzas productivas. El problema básico del capitalismo es, desde esta perspectiva, que paraliza o frena o detiene (*fetters*) el cambio de las relaciones de producción. De ahí su carácter irracional y absurdo. Cohen da buenos ejemplos de ello. “*Under capitalism advances in computer and electronic engineering cause economic dislocation, unemployment, and the degradation of work sometimes called ‘deskilling’, whereas under different arrangements the same forces of production could be used to bring about a benign realignment of labour, leisure, and education*” (p. 113). En relación con esto, quisiera anotar dos cosas. Primero, a la lista de males del capitalismo (generados por el dislocamiento entre fuerzas productivas y relaciones de producción) se podrían añadir muchos otros, más dramáticos quizá, como la sobre-producción, el desperdicio, el despilfarro, el mal uso de la naturaleza, etc. A final de cuentas, el propietario hace, y *tiene derecho a ello*, lo que quiere con *su* fauna, con *su* flora, etc. Segundo, en lugar de ‘podrían’, Cohen debería haber usado ‘se ha demostrado que pueden’. El capítulo contiene discusiones interesantes con otros autores y culmina con una incipiente teoría de la revolución.

El tercer capítulo que deseo rápidamente exponer y comentar tiene como tema el capitalismo contemporáneo. Cohen presenta tres líneas de argumentación de los apologistas del sistema, *viz.*, el argumento económico (el mercado libre y la propiedad privada dan mejores resultados), el argumento de la libertad (la injerencia del

estado es una privación de libertad individual) y el argumento de la justicia (el propietario tiene ciertos derechos morales sobre lo que legalmente posee), que es en el que él se concentra. Cohen empieza por argumentar que las respuestas tradicionales de muchos marxistas son débiles y fáciles de refutar (el precio de la libertad es demasiado grande, la libertad socialista es mejor que la burguesa, etc.). Su respuesta se fundará en un análisis del concepto de libertad. La intuición subyacente a su crítica es la de que los apologistas del capitalismo (Nozick, Flew, etc.) ven con claridad la libertad que éste permite, pero son completamente ciegos para la falta de libertad que acarrea. Hay de hecho dos nociones de libertad, que ellos usan según les convenga. En concordancia con la primera, alguien pierde libertad si se interfiere en sus acciones, si se las bloquea; de acuerdo con la segunda (la “moralizante”), se pierde libertad si se interfiere *injustificadamente* en lo que se tiene derecho a hacer. El supuesto básico de los defensores del capitalismo es que la gente tiene un derecho moral hacia o por la propiedad que fue legalmente adquirida. Recurriendo al segundo concepto de libertad y al supuesto implícito, no hay problemas para elaborar un argumento basado en la noción de justicia en favor del capitalismo, es decir, en contra de la socialización de los medios de producción. Desde esta perspectiva, el socialismo es injusto y moralmente criticable, pues limita la libertad y los derechos del poseedor.

La respuesta de Cohen consiste en criticar, con argumentos de orden moral, la propiedad privada. Su tesis es que *“the socialist objection of justice to the market economy is that it allows private ownership of means of existence which no one has the right to own privately, and therefore rests upon an unjust foundation”* (p. 298). El socialismo, es, por lo tanto, un correctivo a lo que es una violación de derechos básica. Es, por ello, justo. Cohen trata de poner en evidencia la banarrota argumentativa de la social-democracia y sus aspiraciones de bienestar social, y se sirve para ello de un contundente argumento de Marx: *“any distribution whatever of the means of consumption is only a consequence of the distribution of the conditions of production itself”* (p. 299). Esto vuelve a poner énfasis en la importancia de la teoría de las clases para el materialismo histórico, con lo cual se vuelve a plantear un problema para Cohen. Éste lo expresa así: *“There is a tension between the Marxist commitment to advancement of productive power and the Marxist commitment to those at whose*



*expense that advancement occurs*" (p. 303). El libro termina con una propuesta para resolver la "tensión".

Un rasgo interesante del libro de Cohen es que refleja un esfuerzo serio por instrumentar reconstrucciones, exposiciones y discusiones del pensamiento de Marx, recurriendo a las técnicas propias de la filosofía analítica. "*In sections 3-7 of this chapter, I use the techniques of ordinary language philosophy in an attempt to defeat a number of ideological illusions*" (p. 240). El esfuerzo es laudable, pero los resultados todavía dejan que desear. Por ejemplo, Cohen hace afirmaciones como ésta: "*if a person is forced to do something, then he is free to do that thing*" (p. 241). Esto podrá ser verdadero, pero ciertamente no parece ser un resultado propio de los filósofos del lenguaje ordinario. Por otra parte, hay que decir que el libro contiene muchas aclaraciones útiles y bien desarrolladas (e.g., "*Marx produced at least four sets of ideas: a philosophical anthropology, a theory of history, an economics, and a vision of the society of the future*" (p. 136), pero incluye junto a ellas discusiones un tanto bizantinas, como aquella acerca de si son compatibles los esfuerzos por implantar el socialismo con la creencia de que éste es inevitable, o la discusión acerca de la necesidad de auto-definición (cap. 9). Otra cualidad indiscutible del libro es que el autor logra trasladar la discusión del plano puramente teórico y abstracto al del examen de problemas concretos del individuo (el obrero) de la sociedad capitalista contemporánea. En general, yo creo que puede decirse del libro de Cohen que en el fondo tiene aspiraciones teóricas inmensas, pues pretende ser una re-lectura, que en muchos casos equivale a un desarrollo, de muchos textos importantes de Marx. El marxismo de Cohen es un marxismo actualizado, pero mucho muy diluido y que, tal vez, hace demasiadas concesiones a sus adversarios teóricos. No obstante, difícilmente podría negarse que, por lo menos en algunas áreas, los escritos de Cohen arrojan luz y permiten avanzar en la comprensión y el desarrollo de la inagotable fuente de ideas que es la obra de Karl Marx.

ALEJANDRO TOMASINI BASSOLS